

Gracias a su labor poseemos hoy los historiadores cordobeses datos importantísimos sobre el pasado histórico de nuestra provincia. Sus obra tienen además una prosa bellísima llena de amor romántico por el paisaje cordobés.

Su vida es ejemplo de moderación y austeridad. En su vivir diario se nutrió de un intenso amor a la cultura, de la amistad y de una copita de vino cordobés.

Un recuerdo emocionado para este amigo entrañable que nunca olvidaremos. El supo hacer suya aquella frase de Marco Tulio Cicerón, que dice: «prudencia es el arte de saber vivir». Vivió muchos años gracias a la sencillez y prudencia infinitas.

Antonio ARJONA CASTRO

*

RECUERDO DEL POETA JUAN BERNIER

Conocí a Juan Bernier en la primavera cordobesa de 1943. Al mismo tiempo que a los poetas Pablo García Baena y Julio Aumente. Pocos días antes Gabriel García-Gill me había presentado a Ricardo Molina por quien fui invitado a participar en una de aquellas lecturas poéticas de la «Peña Nómada», ocasionalmente asentada en una vieja taberna de la calle Morería: «Casa Camilo», lugar donde desfilarían en heterogénea y detonante mezcla, músicos, pintores, rapsodas, «cantaores», académicos, libreros y por supuesto poetas que protagonizaron inolvidables sesiones, solemnes algunas y absurdas y borrascosas otras, aunque siempre cargadas de divertidas anécdotas. Sesiones más tarde evocadas por Bernier en una serie de crónicas periodísticas firmadas bajo el seudónimo de «Linceus» que hoy constituyen una curiosa aportación a la «pequeña gran historia» de la Córdoba literaria de aquel tiempo.

Tiempo relacionado al ambiente poético de la ciudad de entonces, con recepciones de poetas amigos celebradas en la «Bodega de Pepe Diéguez» o en las tabernas de «El Gallo» y la «Sociedad de Plateros». Memorable encuentros con Dámaso Alonso, Gerarado Diego y Vicente Aleixandre, con «peroles» organizados por Ricardo Molina en honor a nuestros ilustres visitantes y entre ellos, además de los citados, los poetas Adriano del Valle, Alejandro Buisocanu, Joaquín de Entrambasgüas y Joaquín Romero Murube.

Años de ilusionada actividad literaria, sufrida y gozada por cotidianas calles luminosas con escaparates de nuestra revista en la Librería Luque, diseñados por Miguel del Moral y horas de corrección tipográfica en la imprenta «La Ibérica», bajo su oscura nave del callejón de Duque de Hornachuelos. Momentos únicos, instantes inolvidables entre los que recuerdo a Bernier, un tanto ausente, como esfumado y con apariciones sensacionales en ocasiones tan solemnes como aquella primavera velada en honor del poeta inglés Charles David Ley, celebrada por nosotros

en una taberna del Campo de la Verdad, a la otra orilla del río, con acompañamiento de guitarra y «soleares» de Pepe Lora y del Viejo Morales...

En la última conversación que mantuve con Juan, junto a la barra del «Bar Siroco» pocos días antes de su muerte, me habló precisamente de nuestro conocimiento personal en aquella lejana primavera cordobesa y de la evocación que de este encuentro hacía en sus «Memorias». Era la época que precedió a la fundación de la revista «Cántico». Inolvidables días de los años cuarenta cuando aún «nos vestíamos con el más oscuro de nuestros trajes, usábamos de la colonia y de los «Chester» y éramos gente importante...», como él escribió en uno de sus poemas de «Aquí en la tierra».

Juan Bernier, uno de los poetas más significativos de nuestra poesía española contemporánea. Poeta de poderosa rotundidad y belleza expresiva, a quien en su ausencia quisiera recordar ahora con motivo de este homenaje que se le tributa en su propia tierra con los versos finales de aquél tremendo poema suyo, cuando dice:

«...hasta que un día
nos vestían enteramente con el más oscuro de nuestros trajes,
nos enfundaban entre madera pintada de negro
y éramos otra vez hombres importantes
entre una comitiva de hombres importantes».

Mario LOPEZ LOPEZ